

## § II

## SAN SABAS ("BAR SABA").

Serian las doce del día cuando salimos de Belén. Tomamos un camino al sur del pueblo, y bajamos por la falda de la colina. Algunos hombres golpeaban los olivos con largas varas, y las mujeres y los niños que estaban cerca, tomaban para sí las ramas que caían, sin que los trabajadores se lo impidiesen. Cumplimiento perfecto, al través de los siglos, del precepto del Deuteronomio: « Cuando sacudieses tus olivos, no recogerás las ramas que dejes tras tí; serán para el extranjero, para el huérfano y para la viuda. Acuérdate que fuiste siervo en tierra de Egipto. »

Las mujeres de Belén tienen hermoso color y muy bellos ojos. Su aspecto respira una alegría que no se encuentra en las mujeres de Jerusalén. Los belenitas son cristianos casi todos. Los habitantes del pueblo son cinco mil, y entre ellos no se cuenta más que un centenar de musulmanes.

Encontramos también algunas mujeres ocupadas en encender luminarias con estiércol de bueyes. La costumbre de hacer fuego con esta sustancia es antiquísima, pues Dios dijo á Ezequiel: « Hé aquí que yo te he dado estiércol de bueyes, y tú harás tu pan con él. »

En el camino encontramos un limonero. Su presencia nos sorprendió, pues hasta entonces no habíamos visto un árbol de la especie desde nuestra llegada á Jerusalén. El *mukr* bajó rápidamente de su mula, y tomando un hermoso limón que estaba tirado en medio del camino, vino á presentármelo diciendo:—*Lamun*. Esta expresión del arriero me hizo reflexionar sobre la etimología de la palabra española *limón*, que evidentemente se deriva del árabe *lamun*. La palabra francesa *citron* es derivada del latín.

Hémos entrados en una senda abrupta, á la falda de montañas estériles donde no crece ni una yerba. Costeamos profundos despeñaderos, y nos es preciso echar pié á tierra y llevar el caballo por la brida, para no exponernos á rodar por el abismo. De este modo avanzamos bien poco. Tan pronto como llegamos á alguna pequeña llanura, echamos á galopar, para recompensarnos del tiempo perdido al cruzar los desfiladeros.

Ibrahim, el dragoman de Lavoisier y d'Audiffret-Pasquier, marcha delante de nosotros para servirnos de guía, pues no hay en el suelo rastro de camino. La soledad reina por todas partes. No hay aldeas, caminantes, ni bestias. Parecen estos los campos de una nación deshabitada.

De repente escuchamos sonar un instrumento músico. Era que un pastorcillo como de doce años tañía una flauta formada de caña, y conducía un escaso rebaño. Al oír aquel sonido y contemplar aquel cuadro, sentíme trasportado á los tiempos patriarcales. La escena era enteramente bíblica. Se me figuraba ver en aquel pastor á un futuro gefe de Israel, como Jacob, como Isaac ó como David.

—Señores, dijo Ibrahim al ver al pastor, deteniendo el paso á su caballo y hablándonos quedo, este rebaño es indicio de que los beduinos están cerca. Estén vdes. prevenidos por si fuéremos atacados.

Efectivamente, apenas habíamos andado media milla, cuando descubrimos en un pequeño valle adonde íbamos á descender, un campamento de beduinos; pero no observando muestra alguna de hostilidad, seguimos avanzando con toda confianza.

A poco llegamos al campamento. Estaba compuesto de doce tiendas clavadas con estacas y sostenidas por medio de ramas secas. Las tiendas eran negras y caféas, formadas las unas con pieles de cabra y las otras con pieles de camello. Cincuenta serian los hombres que componían la caravana, y veinticinco las mujeres, amen de los niños. Los hombres tenían aspecto vandálico y feroz. Las mujeres eran muy morenas y estaban muy súcias. Ninguna de ellas llevaba calzado, y al-



gunas tenían los tobillos pintados de colorado, de manera que á cierta distancia se hubiera creído que traían zapatos y ligas rojas.

Nos recibieron muy bien. Ibrahim era amigo del gefe (*sheikh*), que era un jóven de veintidos años, moreno y bien parecido. Bajamos de nuestros caballos y descansamos durante un cuarto de hora dentro de una tienda. Las mujeres y los chicos nos veían á alguna distancia con curiosidad y tímidamente, y á las veces reían con el mayor candor del mundo. De repente huyeron todos como obedeciendo á una señal de mando. Yo creo que el *sheikh* se disgustó de que las mujeres estuvieran tan cerca de nosotros, y les hizo seña de que se marcharan.

Quedó convenido que el *sheikh* y cuatro beduinos mas, nos acompañarian en toda nuestra excursion hasta regresar á Jerusalem, mediante una recompensa que los franceses y yo deberíamos pagar á prorata. La seguridad de los caminos en Palestina, descansa sobre los *sheikhs* de las aldeas y de las tribus, y por cada robo ó asesinato que se comete en la persona de algun viajero, el gobernador de Jerusalem hace abatir la cabeza de un *sheikh*. Así es como se ha acabado el vandalismo que reinaba antes en estos países. De manera que la escolta que iba á acompañarnos nos ponía, como quien dice, en tierra de seguridad.

Tan luego como los beduinos hubieron ensillado sus caballos, nos pusimos en marcha. Al pasar por la puerta de una tienda, una anciana me preguntó á dónde íbamos. Fortunato me lo explicó, y yo contesté: *Bar Saba* (San Sabás.) Entonces ella exclamó levantando las manos al cielo:

—*Alá Kerim* (que Dios sea bendito.) Peregrinos son, Dios los guarde.

Seguimos caminando por la falda de montañas de piedra, desgarradas por profundos abismos que se abrian entre ellas, como grietas gigantescas. Los piés herrados de nuestros caballos resbalaban con frecuencia sobre aquel duro pavimento. Ninguno de los que forma-

ban la caravana decía palabra, y en medio de la soledad y el silencio de aquella naturaleza, no se escuchaba mas ruido, que el que hacían al marchar nuestrás cabalgaduras.

Subimos á una altura, é Ibrahim deteniendo su caballo, volvió el rostro á nosotros, gritando:

—*¡Bar Saba!*

Los ecos repitieron retumbando de abismo en abismo y de caverna en caverna: *¡Bar Saba!* Miré con atención hácia adelante buscando el convento, y no alcancé á distinguirlo. A mi frente, á mi espalda, y en todas direcciones, no veía mas que montañas peladas: un paisaje de piedra me rodeaba. Aquellas alturas amarillentas no presentaban ni en sus cumbres ni en sus faldas señales de vida; me parecía encontrarme sumergido en las profundidades de una inmensa cantera.

—¿En dónde está el convento? pregunté á mi dragoman que caminaba á mi lado.

Fortunato, sin decir palabra, tendió la mano y me señaló un punto en la montaña que nos hacia frente. Nada descubrí al principio, pero fijando la atención tenazmente, percibí una especie de muro blanquecino que descendía rápidamente hácia el abismo. A nuestra derecha se levantaba una torre, también de piedra, que se confundía con los picos de las montañas.

—Esa torre que vd. ve hácia esta parte, me dijo Fortunato, es la *torre de Eudoxia*. Esta emperatriz la hizo construir en el siglo V para venir á habitarla, atraída por la fama de santidad de San Eutimio. Sirve todavía de hospedaje á los peregrinos, solo que ofrece un asilo bastante incómodo, pues la puerta de entrada se encuentra tan alta, que para llegar á ella se necesita trepar por una fatigosísima escala. Este abismo que se abre á nuestras plantas, continuó el dragoman, es el lecho en seco del torrente Cedron, que en el tiempo de las lluvias arrastra una corriente considerable que baja de las mayores alturas de Judá.

Nada puede concebirse mas solemne que el panorama que se



desplegaba á nuestra vista. Aquella dureza de las líneas, aquella oscuridad de las tintas, aquella monotonía de los contornos de cuanto se miraba en derredor, tenia aspecto imponente de naturaleza salvaje y bravía. Si, esta es la tierra que habitó el pueblo escogido, este el país de los prodigios, este el teatro majestuoso de las escenas bíblicas. Aquí se siente á Jehová, se admira su poder y se tiembla adivinando sus iras!

Pasamos el torrente sobre un puente de piedra que amenaza ruina. A poco andar llegamos á la puerta del convento. Bajamos de nuestros caballos, é Ibraim golpeó con la culata de su pistola sobre la puerta de fierro. Escuchamos una voz que venia de arriba. Levantamos la cabeza y miramos la cara barbuda de un monge, que parecia salir del seno de la montaña. Y salia, sin embargo, de la ventana de una torre de piedra que, pegada á la roca, con ella se confundia.

Fortunato dijo al padre que éramos peregrinos y pediamos hospedaje por aquella noche. Preguntó el monge si traíamos el permiso del patriarca griego de Jerusalem. Contestó mi dragoman que sí. El monge dejó caer una cesta á nuestros piés, que él tenia desde arriba, por medio de una cuerda. Fortunato sacó el permiso del bolsillo y le depositó en el fondo de la cesta. Tiró el padre de la cuerda y subió la cesta. Examinó el permiso del patriarca, y cuando se hubo convencido de que no era apócrifo, gritó dando orden de que se nos franqueara la entrada.

Abrióse la puerta de fierro y entramos en el convento. Bajamos tres largas escaleras de piedra y nos encontramos en un pequeño patio rodeado de construcciones, y con un jardín muy bien cultivado en el medio.

Fuimos conducidos á un saloncito rodeado de mullidos divanes. Allí se nos sirvió el café y reposamos un poco.

Antes de oscurecer vino un padre griego á invitarnos para que hiciéramos una visita al convento. Aceptamos con gusto la proposi-

cion, y mientras nuestros cocineros nos preparaban la comida, echamos á andar detrás del *papa*, subiendo y bajando innumerables escaleras, atravesando oscurísimos pasillos y torciendo por tantos y tantos recodos, que á no habernos servido el monge de bienhechor hilo de Ariadna, no hubiéramos en toda la vida salido de este nuevo laberinto.

El edificio es curiosísimo por la singular disposicion de todas sus partes. Hay algunas habitaciones diseminadas desde lo mas alto hasta lo mas bajo sucesivamente, á manera de gradería, de tal suerte, que puede decirse que el convento está desmembrado en piezas sobre las accidentaciones de la montaña. Incrustado, por decirlo así, en las hendeduras de las peñas, las diversas partes que lo componen son invisibles á pocos pasos de distancia. Muchas de las celdas son cuevas naturales, que no deben al arte sino la puerta de madera que cierra su entrada.

San Sabás es convento de los griegos no unidos. Hay allí un centenar de monges que viven en completo ocio y sumidos en la inmundicia.

Nada puede imaginarse mas repugnante que las celdas donde duermen estos monges: estrechas, sucias y hediondas. Los *papas* no tienen el mas ligero cuidado de su persona. Sus largas barbas muestran los restos de la comida; sus medias negras y rotas dejan mirar el talon desnudo, cada vez que al dar el paso se separan del pié, por la parte de atrás, las enormes chinelas de cuero. Su traje empolvado, harapiento, cubierto de grasa, mas parece el de un mendigo que el de un hombre consagrado á Dios.

No vi un monge ocupado en rezar ó leer algun libro. Todos estaban sentados en las piedras ó en las bardas de las azoteas, abandonadas las chinelas y con las piernas cruzadas, fumando la pipa ó mesándose las barbas, con aire repugnante de imbecilidad ó de pereza.

El convento no ofrece grande interes histórico. Está poblado de



fábulas y de supercherías griegas. En un lugar se dice que se apareció San Jorge, en otro un ángel, y en el de mas allá se refiere que San Sabás hizo huir al demonio. Muestran los monges con gran veneracion una palma, que dicen fué plantada por San Sabás y da fruto sin macho que la fecundice.

Muestran asimismo una gruta llamada *del leon*, donde aseguran vivió el santo en familiar y pacífica sociedad con una fiera de la especie.

Lo mas curioso que hay en el convento es la iglesia de San Nicolás, que es una de las mas antiguas del cristianismo, y está tallada en la roca.

Hay una capilla donde se muestra gran número de calaveras. Son reliquias de solitarios mártires.

En este desierto de piedra vivian los anacoretas, cuando Cosroes vino y martirizó gran número de ellos. En esa época habia cuatro mil religiosos en el convento, y diez mil diseminados en las cuevas de los alrededores.

Al terminar nuestra visita al convento, nos proporcionaron los monges un espectáculo encantador. Puestos de pié sobre una terraza que está al borde del Cedron, dieron gritos agudos, haciendo sonar su lengua contra el paladar. En el instante bajaron de los picos de las montañas bandadas de aves salvajes, que piando y revoloteando en torno de los monges, venian á tomar de sus manos las migajas de pan que ellos les ofrecian.

Al oscurecer bajamos á nuestro aposento, donde encontramos la mesa preparada. Comimos opíparamente, pues Ibrahim y Fortunato, llenos de emulacion el uno por el otro, habian echado el resto surtiendo bien sus despensas de manjares ricos y suculentos.

No contento con esto mi dragoman, me habia hecho preparar un cuartito para mí solo, donde hallé un lecho confortable practicado en la pared, á manera de nicho, y que se cerraba por medio de unas cortinas de lana. A las nueve de la noche nos separamos los france-

ses y yo, pues estábamos muy fatigados y debiamos levantarnos muy temprano á la mañana siguiente.

Disponíame ya á meterme en el lecho, cuando oí llamar á la puerta. Fortunato, que se habia echado vestido sobre un divan, la abrió y entró entonces un lego que traia una linterna en la mano. Me habló en griego, y por lo mismo no lo entendí.

A pesar de no comprender palabra de la conversacion que sostuvieron en seguida Fortunato y el lego, díme cuenta por la entonacion balbuciente de este y por su charla incansable, que habia algo de particular en su cerebro. Acerqueme á él y noté efectivamente que trascendia á vino. Ofrecile entonces un poco de coñac, é hice á Fortunato que destapase una botella. Negábase el hermano al principio hipócritamente, aunque miraba el amarillo licor con suma tenacidad. Insistí yo, accedió él, y habiendo comenzado por admitir bien poco, acabó por servirse por su propia mano y beberse las tres cuartas partes de la botella. Con esto, y con los humos que traia, cayó en una ebriedad monótona y pesada; así fué que á las once de la noche, mirando que no daba trazas de marcharse, le supliqué por medio de Fortunato me dejara, pues estaba rendido de fatiga.

Levantóse el lego vacilante, tomó su linterna, y despues de decirme mil veces: *Efsari stosso, cali nihtas* (mil gracias, buenas noches) salió de mi cuarto hablando consigo mismo como un loco.

Al bajar la escalera, oimos que el hermano habia dado consigo en tierra. Fortunato se apresuró á correr en su auxilio, y á poco volvió diciéndome que el pobre hombre habia quebrado la linterna, y con uno de sus vidrios se habia herido una mano.

Poco me conmovi al escuchar este relato, tanto porque me habia repugnado aquel lego degradado, como porque el sueño tenia ya casi embargadas mis potencias.